



El ejemplo de Roberto Rosas

* Por Bulmaro Pacheco

Roberto Rosas Ibarra fue un Ratípico presidente municipal de Huatabampo. No cobró sueldo durante los tres años que despachó en el palacio, de 1982 a 1985. Así lo explicaba: “Víctor Vega –el secretario del Ayuntamiento– tenía instrucciones precisas de atender a cuanto necesitado se presentara a demandar ayuda para medicinas, pasajes, comida, consultas médicas, pago a funerarias y todo lo que el pueblo pobre pide... hasta que se agotaran los 9 mil pesos mensuales que se asignaron en la nómina como sueldo del presidente, y a veces hasta más con dinero del propio bolsillo”, y no era pose.

Roberto Rosas como autoridad municipal fue de esa rara especie de servidores públicos que personalmente y muy temprano recorrían las calles para detectar basura tirada o reclamos no atendidos por Servicios Públicos; él mismo resolvía. Fue dinámico, tenía iniciativa, no sabía de protocolos y sentía auténtico calor en el trato con la gente. De igual forma trataba a quienes detentaban algún poder y a quienes como personajes populares del pueblo lo buscaban.

Nunca titubeó a la hora de enfrentar las crisis.

Don Roberto, nunca cerraba la puerta de acceso al presidente municipal cuando despachaba en la oficina, por más confidencial que el asunto a tratarse fuera. “Para que la gente viera que no era pretexto el decirles que esperaran un poco y nada qué esconder”, decía.

Cualquiera podía abordarlo, nunca tuvo secretario particular, le cargaba ese trabajo al secretario del Ayuntamiento que despachaba en una oficina contigua en el viejo palacio municipal.

Como presidente, los viajes a

Hermosillo los hacía manejando él solo. Entró al gobierno municipal con un vetusto Valiant color ocre 1975, y el día que entregó la administración, en 1985 salió en el mismo carro, eso sí, con más kilometraje acumulado y sin mayores pretensiones.

En relación al nepotismo en el gobierno decía; “Ningún Rosas (parientes) en la nómina para tener la voz completa”, “lo primero es ser honestos, lo demás viene solo”... era parte de su conducta en el manejo de los asuntos públicos.

Su administración estuvo castigada por penurias económicas y crisis de grandes dimensiones. Antes de entrar al gobierno municipal, México experimentó dos devaluaciones en 1982.

Entre febrero y agosto el peso se devaluó 400%, con un impacto devastador en el costo de los insumos y en las nóminas. En diciembre de 1984 le tocó a Rosas enfrentar –con decisión y carácter– una de las peores inundaciones en Huatabampo –la peor decían, desde enero de 1949–. Actuó con mucha sensibilidad, astucia y conocimiento, coordinando todo

con el gobernador Samuel Ocaña; que incluso se fue a vivir a Huatabampo por una semana. Llovió mucho en invierno, se llenó la presa Ruiz Cortines y hubo la necesidad de tirarle mil millones de metros cúbicos. ¡Inolvidable para muchos! A las pocas semanas el orden ya se había restablecido y los daños fueron resueltos porque se actuó a tiempo, con recursos y mucha coordinación entre los gobiernos. Al final de su administración –que dejó sin deudas– a Roberto Rosas se le abrió la posibilidad de un escaño en el Congreso local y rechazó la oferta. “Lo que quería era una oportunidad para servirle a Huatabampo desde la presidencia municipal y ya lo hice”. “Ahora me reclaman mis negocios y mi familia, porque no soy gente de abundantes recursos” le dijo a los representantes del PRI. Así era, así fue siempre.

Al concluir su período se retiró a la agricultura y a servirle a Huatabampo desde la sociedad civil, donde participó en varias encomiendas, entre ellas la consolidación del asilo de ancianos y la iglesia de la Colonia 14.

¿De dónde venía Don Roberto? A la usanza migratoria de principios del siglo XX, la familia de don Óscar Rosas Talamante y Natalia Ibarra Amarillas, con orígenes en la Aduana Álamos y –el apellido– en la región serrana, procrearon 10 hijos. Entre 1917 que nació Óscar “Cayo” (el mayor), y 1941 que nació Jorge, (el menor), nacieron Rodolfo, Francisco, María Esthela, Nora, Violeta, Roberto (1930), Celia y Delia. Como todos los niños de la época, Roberto y sus hermanos hicieron la educación primaria en la única escuela que operaba en esos tiempos, la que estaba situada en los terrenos de la hoy escuela Micaela Amarillas de Bórquez, que antaño llevó el nombre del Gral. Fausto Topete.

Terminó la primaria y le siguió con dos años de comercio en las recordadas escuelas de Carmelita Otero. Sin duda formó parte de una generación –con orgullo lo presumía– que por sus propias circunstancias se forjó a sí mismo. Mientras su padre sembraba garbanzo y tomate, todavía sin el riego de la presa, ellos debían estudiar por las mañanas y buscar trabajo por las tardes, los fines de semana y en las vacaciones escolares.

Siempre adujo: “12 de familia eran muchos, las necesidades también”. En ese medio, y en esas circunstancias se forjó Roberto, quien recuerda con nostalgia su primer salario en la Criba de Nacho Ruiz Rábago de “dos pesos diarios”, durante seis días a la semana, “para comprar ropa, y acudir a la refresquería de la plaza Juárez los domingos”.

Fungió después como cobrador del Banco Agrícola Sonorense y se metió de lleno en la compra de algodón, el cultivo de moda antes de la Segunda Guerra Mundial. Inició ahí una amistad inquebrantable con su socio de origen:

